

*Jesús Paniagua Pérez*

---

**Lo fantástico en las *Relaciones de Indias* de Pedro  
de Valencia**



A pesar de título que hemos dado a este trabajo, debemos decir, en primer lugar, que no son las fantasías una de las características de las *Relaciones Geográficas de Indias*, elaboradas por Pedro de Valencia en las primeras décadas del siglo XVII<sup>1</sup>, después de ser nombrado cronista en 1607. De hecho, ni siquiera el cuestionario que se planteó para la elaboración de las mismas, anterior a su nombramiento, ya que data de 1604<sup>2</sup>, parece haber permitido unas respuestas que entrasen en el campo de lo fantástico, pues el interés por lo concreto prevalecía sobre todo lo demás. Desde luego que el autor zafrense racionalizó aún más el contenido del cuestionario, como era su obligación de cronista oficial, puesto que ordenó y redactó las respuestas que le llegaron. La elaboración definitiva le ocuparía hasta 1613, como el mismo manifestó en su solicitud de liberación de su salario, en 1614<sup>3</sup>. Valencia para realizar su trabajo disponía de las cualidades que otro humanista, Páez de Castro, consideraba que debía tener todo historiador, es decir, tener conocimientos de filosofía, filosofía natural, derecho, etc.<sup>4</sup>. Pero en él, además, había una clara influencia de Tucídides, de quien había traducido alguna parte del libro I mientras se encontraba de Zafra<sup>5</sup>.

Si algo caracterizó a Pedro de Valencia fue el racionalismo con el que trató de enfrentarse a los problemas a los que prestó su atención, puesto que lo que pretendió casi siempre fue una racionalización del mundo en el que le tocó vivir. Lo que le preocupaba de una manera muy especial era la vida práctica, aunque, en realidad, como dice uno

<sup>1</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias*, 2ª ed., León, 2001, 2 vols.

<sup>2</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias... II*, pp. 329-339.

<sup>3</sup> J. PANIAGUA PÉREZ, “Nuevos datos sobre las Relaciones de Indias de Pedro de Valencia”, en P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias... II*, pp. 82-83.

<sup>4</sup> E. ESTEBAN, “De las cosas necesarias para escribir Historia”, *La Ciudad de Dios* 29 (1892), p. 36.

<sup>5</sup> G. MOROCHO GAYO, “Dion de Prusa en Pedro de Valencia –el ideal de la vida retirada y el discurso del retiro (Or. 20)–”, en *Los Humanistas españoles y el Humanismo europeo*, Murcia, 1990, p. 203. Del mismo autor “Introducción a una lectura de Pedro de Valencia”, en P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias... II*, p. 26.

de sus estudiosos, lo que hizo fue servirse de la razón en lugar de servirla<sup>6</sup>. Y dentro de ese racionalismo que caracterizó a algunos de los últimos humanistas españoles debemos incardinar la obra que hoy nos ocupa, lo mismo que otras muchas de las que nuestro hombre fue autor, por lo cual no era fácil que se dejase llevar por las fantasías de un Nuevo Mundo que, aunque todavía no del todo conocido, había empezado a ser bastante familiar a muchos de los habitantes del Viejo. El periodo épico de las conquistas había pasado y lo que en realidad importaba en aquellos primeros años del siglo XVII era enfrentarse a los problemas que se habían generado en la centuria anterior en aquellos lugares que para el autor zafrense eran la periferia del reino.

En ese racionalismo que caracterizó a nuestro hombre entraban de lleno el uso de las informaciones veraces como medio de dar soluciones a los problemas. Ya alguien ha dicho que, si por algo destacan los escritos de Pedro de Valencia, es por la profusión y exactitud de las fuentes que utilizó<sup>7</sup>. Todo ello entraba en el ámbito de su formación humanista, pues se había acostumbrado a la utilización de los clásicos y de la Biblia, incluso de sus conocimientos lingüísticos e históricos, como fuentes de su saber y como autoridades en sus demostraciones. Valgan como ejemplos llamativos, al margen de sus *Academica*, el discurso sobre el Pergamino y Láminas de Granada<sup>8</sup> o el discurso sobre los cuentos de las brujas<sup>9</sup>. La herencia en lo relativo a la utilización de fuentes le podía haber sido inculcada por su propio amigo, Benito Arias Montano o por el propio Brocense, a quien habría conocido en Salamanca en sus años de estudiante. Pero, además de esas fuentes propias del saber humanista, le interesaba contraponer opiniones, ideas e incluso escritos e informaciones orales, como lo puso de manifiesto al informar la *Historia de China* del jesuita Alonso

<sup>6</sup> J.L. SUÁREZ SÁNCHEZ DE LEÓN, *El pensamiento de Pedro de Valencia. Escepticismo y modernidad en el Humanismo español*, Badajoz, 1997, p. 61.

<sup>7</sup> J.L. SUÁREZ SÁNCHEZ DE LEÓN, *El pensamiento de Pedro de Valencia...*, p. 288.

<sup>8</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas IV. Escritos Sociales. 2 Escritos Políticos*, León, 1999, pp. 429-455.

<sup>9</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas VII. Discurso acerca de los cuentos de las brujas*, León, 1997, pp. 255-308.

Sánchez: “sería menester juntar muchos papeles y todas las relaciones y libros pertenecientes a la materia<sup>10</sup>”

El ambiente en el que se desarrolló su vida intelectual, tanto en Salamanca como en Zafra, El Escorial y Madrid, favorecieron el afán de búsqueda de la verdad, eso sí, de forma contrastada. Este afán limitó el que en su obra americana se diese cabida a lo fantasioso o a todo aquello que podía superar su racionalismo. Por tanto, una característica esencial de la obra de Pedro de Valencia es que no se dejó arrastrar por las supersticiones populares y que pretendió reducirlo todo al campo de la verdad histórica. El mismo renunciaría a realizar la *Historia de la Guerra de Chile* porque se negaba a ocultar la realidad y con ello “se ha de infamar a la nación española de injusticias, avaricia y crueldades<sup>11</sup>”. Teniendo en cuenta esto y otros aspectos de su vida no es extraño que no se dejase arrastrar por las supersticiones populares que podían haber llegado a sus oídos sobre las fantasías de las Indias, que todavía jugaban un importante papel en la mente de muchos europeos del momento.

Frente a Antonio de Herrera, con quien compartió el cargo de cronista de Indias, y quizá por la influencia de Cicerón, procuró no caer en el campo de la *laudatio*, a la que fueron tan proclives algunos autores de su tiempo, falseando la realidad histórica en función de las alabanzas dedicadas a determinados personajes. Pedro de Valencia, por el contrario, parece tener siempre en cuenta las máximas que para hacer historia dio el autor latino: no decir falsedades, decir toda la verdad y evitar la parcialidad<sup>12</sup>. La verdad, pues, había que llevarla hasta tal extremo que “es forzoso muchas veces conjurar las acciones y vidas de los príncipes y sus ministros<sup>13</sup>”. Algo parecido sucedió con el que debió de ser su amigo y también protegido del conde de Lemos, Bartolomé

<sup>10</sup> BL/L., *Manuscripts ADD* 13977.

<sup>11</sup> AGI., *Indiferente General* 752. J. PANIAGUA PÉREZ, “Pedro de Valencia, cronista e historiógrafo general de las Indias (1607-1620), *Anuario de Estudios Americanos* 53-2 (1996), p. 240.

<sup>12</sup> CICERON, *De oratore*, II, 62.

<sup>13</sup> J. PANIAGUA PÉREZ, “El Humanismo español y la crónica oficial de Indias de Pedro de Valencia”, *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brasilién* 76-77 (2001), p. 232.

Leonardo de Argensola, cronista de Aragón, caracterizado por su fiabilidad y rigor<sup>14</sup>, y del que Valencia informó su principal obra<sup>15</sup>.

Tampoco debemos olvidar que, a pesar de muchas de las creencias populares que seguían existiendo, en los años en que Valencia debió redactar sus *Relaciones*, ya se había objetivado mucho la visión de las Indias. Las informaciones habían sido abundantes y las fantasías<sup>16</sup> iban cediendo ante la realidad de un Continente cada vez mejor conocido. Ciertamente es que la sed de oro y riquezas seguía jugando una relevante motivación en los sectores más populares. Eran, por tanto, los metales preciosos los principales móviles de muchos españoles y el mito de El Dorado el que mejor había logrado permanecer en las mentes más calenturientas de la época, como herencia de muchos de los primeros retos fantásticos que hacían referencia a la antigüedad clásica en los primeros tiempos del descubrimiento y conquista.

El mito había sido de una gran importancia como una forma de lograr sobreponerse a las pésimas condiciones de los primeros tiempos y si de él aún quedaban vestigios importantes, lo eran esencialmente en las tierras de frontera, lo que sin duda habían aprovechado algunas autoridades para expandir los dominios de la Corona Española. Pero el mito para muchos humanistas quedaba fuera del campo de la historia, desde el momento en que consideraban la verdad como algo intrínseco a este saber, lo cual tampoco era una postura novedosa, sino heredada del mundo clásico, como ya vimos y como resume muy bien Luciano de Samosata, que consideraba que el fin esencial de la historia era reflejar la verdad<sup>17</sup>.

Pedro de Valencia, por obligaciones de su cargo como cronista y, probablemente por propio convencimiento, consideraba que el campo esencial de la historia era el de los sucesos contemporáneos, lo que se prestaba en menor medida a las fantasías. De hecho, esto era lo que habían mantenido muchos historiadores clásicos, como el mismo Tucídides, al que tanto admiraba nuestro autor y que abogó por mantener al margen de los hechos históricos todo lo que tuviese que

<sup>14</sup> M.B. BAÑAS LLANOS, *Las Islas de las Especias (Fuentes etnohistóricas sobre las Islas Molucas) S. XIV-XX*, Madrid-Cáceres, 2000, pp. 116-117.

<sup>15</sup> B.L. DE ARGENSOLA, *Conquista de las Islas Molucas*, Madrid, 1609.

<sup>16</sup> Sobre estos aspectos es de gran interés la obra de J. GIL, *Mitos y Utopías del Descubrimiento*, Madrid, 1989-1992, 3 vols.

<sup>17</sup> LUCIANO DE SAMOSATA, *Verae Historiae*, I, 1-4.

ver con lo fabuloso. La contemporaneidad de su obra le permitía al zafrense recibir información por escrito y con un carácter oficial e incluso de viva voz de quienes regresaban de las Indias o a través de algunos de sus mejores amigos. De hecho, para elaborar su inconclusa *Historia de la Guerra de Chile* sabemos que recibió información oral de Cortés de Monroy<sup>18</sup> o del jesuita Gaspar Sobrino, el cual había venido a la corte a informar al rey<sup>19</sup>; todo ello sin olvidar a su íntimo amigo Hernando Machado, fiscal de la Audiencia de Chile, que le envió un informe sobre la situación de aquel territorio para que se lo presentase al rey<sup>20</sup>.

La Historia, además, para él tenía un fin práctico y, por tanto, lo fantástico tenía difícil cabida, ya que en el fondo todo su saber estaba puesto al servicio de determinados intereses que condujesen a la acción, en este caso del Consejo de Indias. Así, nos dice en su relación de los Quijos, atribuida erróneamente al duque de Lemos:

*Pudiera extenderme en narraciones de fieras, fuentes, plantas y flores aromáticas, en la superstición y culto bárbaro de las naciones, cosas todas que admiran y divierten, pero solo me ha vencido el gusto y la curiosidad en las famosas y notables de aquella provincia, porque no se hallen nuevos los ministros del Consejo cuando oyeran hablar de estas maravillas<sup>21</sup>.*

Pero la racionalización de sus escritos no fue exclusiva para las Indias, sino que se manifestó como toda una trayectoria en su vida. Lo fantástico, por tanto, quedaba desterrado. No es de extrañar, así pues, que evitase incluir en sus textos lo que pudiese parecerle poco verosímil. De hecho, en esa trayectoria de la verdad y del racionalismo, en su discurso *Acerca de los cuentos de las brujas*, pedía al inquisidor general, don Bernardo de Sandoval y Rojas, que no se publicase el famoso proceso de Logroño, entre otras cosas, para evitar que aquellos supuestos sucesos sirviesen de mal ejemplo a otras personas<sup>22</sup>. A pesar de lo que Valencia representaba, se vivía en una época de supersticio-

<sup>18</sup> AGI., *Indiferente General* 1443.

<sup>19</sup> AGI., *Indiferente General* 1440.

<sup>20</sup> J. PANIAGUA PÉREZ y M.I. VIFORCOS MARINAS, *El Humanismo Jurídico en las Indias: Hernando Machado y su memorial sobre la Guerra de Chile*, Badajoz, 1997, p. 75.

<sup>21</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 111.

<sup>22</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas VII. Discurso acerca de los cuentos de las brujas*, León, 1997, p. 256.

nes que tenían cierto calado a nivel popular, como la creencia mantenida por algunos de que en el año 1588 se produciría la completa destrucción de España<sup>23</sup>. Pero él, incluso en el campo de la religiosidad oficial de su época, había mantenido una postura clara de oposición a la superstición, como sucedió en lo referente al Pergamino y Láminas de Granada, en el que su maestro y amigo Benito Arias Montano ya se había visto implicado. También a él se le pidió parecer, pero negó en rotundo aquellas apariciones misteriosas, hasta el extremo de que el punto 7 de su memorial sobre tal asunto lo tituló “*Que debemos estar recatados contra ficciones más verosímiles*”<sup>24</sup>.

Sin embargo, al leer su obra americana podríamos pensar que existen algunas fantasías, que más que producto de su credulidad podemos considerarlas como de cierta lógica en la época o producto de la imposibilidad de contrastar informaciones; sin olvidar que simplemente podía tratarse del mantenimiento de una tradición existente entre los habitantes de unos determinados lugares.

### **Fantasías geográficas y naturales**

La aparición del Nuevo Mundo para los europeos abrió todo un periodo de especulaciones fantásticas en todos los sentidos, pero serían el geográfico y el natural en los que más iba a influir aquella postura. Islas misteriosas, ciudades supuestas, montañas preñadas de riquezas, animales monstruosos, plantas de un exotismo fuera de toda imaginación... aparecieron por doquier y fueron, incluso, representados en grabados y pinturas de la época. Las historias de todas aquellas fantasías corrían por Europa, con frecuencia vinculadas a mitos y leyendas de la antigüedad clásica o del mundo cristiano. No era de extrañar que, para muchos, el paraíso podía haber estado situado en América, aunque ya Valencia en sus *Relaciones* no hace alusión a paisajes paradisíacos o maravillosos. Pasados aquellos primeros tiempos, y en la medida en que el racionalismo se iba imponiendo en todos los sentidos, el hombre occidental había comenzado a conocer mejor la naturaleza y a racionalizarla, lo que, en buena medida, fue una de las

<sup>23</sup> G. MOROCHO GAYO, “Los apócrifos del Sacromonte en tiempos de Arias Montano”, en P. DE VALENCIA, *Obras Completas IV. Escritos Sociales. 2. Escritos Políticos*, León, 1999, pp. 188-189.

<sup>24</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas IV...*, p. 439.



causas de que las fantasías fuesen retrocediendo ante la realidad en el mundo de los europeos y, concretamente, en el de los españoles. Pero al menos en los primeros tiempos, todo parece tener mayor tamaño y fuerza allí que en el Viejo Mundo<sup>25</sup>

Pero los intentos de racionalización de lo americano no eran nuevos, sino casi tan antiguos como el descubrimiento, puesto que para dominar aquella naturaleza había que describirla, lo que en realidad fue un reto para los primeros españoles de las Indias Occidentales, de lo que fueron buenos ejemplos Gonzalo Fernández de Oviedo y José de Acosta, entre otros. Ciertamente es, sin embargo, que la novedad había dado paso inmediato a las especulaciones fantásticas, pero aquel deseo de conocer y de describir fue borrando buena parte de las elucubraciones originales, en las que lo desconocido se magnificaba hasta extremos insospechados.

Por tanto, el avance de los descubrimientos geográficos en el Nuevo Continente había ido clarificando la situación a lo largo del siglo XVI, aunque, en honor a la verdad, hay que decir que siempre quedaron los vestigios de una naturaleza fantástica o de unos errores geográficos producto de la imaginación y/o de la errónea información, aun cuando la realidad hubiese demostrado otras cosas. En las *Relaciones Geográficas* del autor zafrense aquellas fantasías geográficas y naturales se habían, si no olvidado, al menos entrado en una profunda crisis, aunque aún quedaban algunos vestigios, ya que no era conocida en su totalidad la territorialidad del continente, como nuestro autor nos pone de manifiesto en la relación de los Quijos, cuando nos dice que “*prouincias incógnitas parten términos con el Brasil*”<sup>26</sup>; precisamente era en aquellos lugares donde todavía tenían cierta fuerza las fantasías y los mitos que más adelante veremos.

Pedro de Valencia, por tanto, se halla alejado en el tiempo de la vorágine de credulidades fantásticas, pero en su obra, y muchas veces por desconocimiento directo del medio que describía, se veía aún arrastrado por determinadas supersticiones.

Por tanto, algunas de las viejas fantasías del mundo natural estaban del todo relegadas y se había dado paso a la realidad, como la supues-

<sup>25</sup> F. SOCAS, “Cardano y el Nuevo Mundo”, en J. GIL y J.M. MAESTRE, *Humanismo Latino y Descubrimiento*, Sevilla-Cádiz, 1992, p. 248.

<sup>26</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 115.

ta riqueza en canela de las tierras orientales de los Andes, que había movilizado importantes expediciones a lo largo del siglo XVI y de la que una de las más llamativas había sido la de Gonzalo Pizarro, después de que conociera la existencia del *ishpingo*, un producto del oriente de Quito con un olor muy semejante al de la canela, que los incas habían apreciado mucho. En ese sentido, Pedro de Valencia, en su *Relación de los Quijos*, ya nos habla de unos árboles que dan unos capullos con sabor a canela, pero de gusto más picante que la de Asia y no tan noble como la de aquel producto con el que comerciaban los portugueses en las Indias Orientales<sup>27</sup>. De todos modos, hay que pensar que el interés por este producto había pasado a un segundo plano, debido a que la unión de las dos coronas (1580-1640) minimizaba el problema de abastecimiento de canela a los territorios hispánicos.

Sin duda, el mayor error geográfico que nos pone de manifiesto Pedro de Valencia será el referido a su confusión entre los ríos Orinoco y Marañón. Así, en la *Relación de Jaén de Bracamoros*, nos dice que el segundo río desemboca frente a la isla de Trinidad, lo que sin duda es una confusión geográfica, puesto que para entonces el curso de ambos ríos era bien conocido<sup>28</sup>. Reincidió el autor casi en lo mismo en la *Relación de Santiago de la Frontera*, al decir que el Marañón desembocaba entre las islas de Trinidad y Margarita.

En la época en que escribió sus relaciones nuestro hombre, el medio y el clima seguían siendo una buena explicación para determinar las actividades humanas y el carácter de los hombres que vivían en un determinado territorio. Pedro de Valencia, por tanto, dará gran importancia a estos aspectos que, aunque hoy podamos verlos como producto de algún tipo de fantasía, en la época no eran sino un elemento más de la racionalidad que iba imponiéndose. En muchas de sus relaciones se da una importancia exagerada a la incidencia del medio en el carácter y las consecuencias que ello tiene para el desarrollo de otros aspectos de la vida.

Algunas exposiciones geográficas de nuestro autor, sin embargo, entran en el mundo de las fantasías, en cuanto que se hace eco de ellas, aunque no podamos decir que la causa sea su credulidad. Así, al

<sup>27</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 116

<sup>28</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 395.

hablar del volcán Tunguragua, en las cercanías de Ambato, nos manifiesta que cuanto más nevado mayor es el fuego del mismo y que sus estruendos son considerados por los naturales como anuncios de calamidades, pestes, hambres y guerras<sup>29</sup>, como de hecho nos relata que sucedió poco antes de la presencia de los españoles, tal y como lo explicaban lo indios, cuando comenzó a arder su boca, anunciando los hechos que se avecinaban<sup>30</sup>. Como dijimos, no sabemos hasta qué punto Valencia creía en estas cosas, pero exponía algo que era creencia común, el vincular determinados acontecimientos a fenómenos naturales; así nos lo relata también en la *Relación de Michoacán*, donde se dice que, antes de la llegada de los españoles, aparecieron grandes cometas en el Cielo, que los dioses se les aparecían a los indios en sueños, etc<sup>31</sup>.

De los vegetales, en general, nos habla de sus cualidades o de los problemas que podían tener para los humanos, pero sin atisbos de fantasías, simplemente recogiendo las tradiciones del medio, tal y como se lo manifestaban los informantes. Quizá, lo más llamativo en este sentido nos lo plantea con las llamadas *granadillas comunes* de los Quijos, a cuyas flores denomina “*preciosa maravilla*”, pues recuerdan a las cinco llagas de Cristo, de modo que nos plantea que “*la naturaleza quiso descubrir su piedad anticipando en esta flor misteriosa... la memoria y sagradas señales que hoy conserva de la pasión de Cristo*”<sup>32</sup>.

Pero sus dudas sobre algunas cuestiones del mundo vegetal se ponen a veces de manifiesto, a pesar de no conocer la realidad americana, como en la *Relación de Amatlan*, donde nos habla de un árbol llamado *yagualachi*, que produce una grave hinchazón y llagas a quien se pone bajo su sombra. Tanto para los efectos que produce este árbol como para cualquier veneno de la región, la solución que se daba en la zona era la de quemar la parte afectada. Aquí surge la incredulidad y la socarronería de Pedro de Valencia, al añadir a su descripción que no se advierte si a los que se hincha y llaga el cuerpo bajo dicho árbol se les quema por completo<sup>33</sup>. De todos modos,

<sup>29</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 316.

<sup>30</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 322.

<sup>31</sup> *Relación de Michoacán*, Madrid, 1989, pp. 246-249.

<sup>32</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 117

<sup>33</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 167.

hemos de añadir que la cauterización en las afecciones causadas por los venenos de los animales era una terapia correcta, pues tendía a destruir *in situ* el agente que provocaba la afección.

No podemos desligar el mundo vegetal de aquel que tenía que ver con la curación de la enfermedad. Esta, que se prestaba a elucubraciones fantásticas, tampoco arrastra en este sentido a Pedro de Valencia. Simplemente, como fue bastante común en la época, ofrece medidas dietéticas, higiénicas y medicinales de las que le informan para abordar los problemas de salud. Incluso, algunos de aquellos remedios pasarían o habían pasado al Viejo Mundo por su efectividad, como los recogidas en la obra de Nicolás de Monardes<sup>34</sup>. Así, el saber popular de cada zona en aspectos de sanidad solía quedar reflejado, lo mismo que las epidemias y pestes que asolaban aquellos territorios. El interés por estos aspectos no era exclusivo de nuestro cronista, pues los escritos médicos proliferaron a lo largo del siglo XVII<sup>35</sup>, por la preocupación constante que existía sobre las enfermedades y su forma de curarlas<sup>36</sup>. Este interés de la época, en el caso de Pedro de Valencia, podía venir acentuado por la influencia de Benito Arias Montano, que había mostrado una especial atención a la herbolología.

En cuanto al mundo de los animales, cuando Pedro de Valencia escribió sus Relaciones, ya habían desaparecido de la mente de los europeos los monstruos y los seres fantásticos de los que se habló en los primeros tiempos. Ni siquiera el manatí gozaba por entonces de aquella vieja tradición de sirena mitológica que le dieron algunos autores<sup>37</sup> y al que nuestro autor define simplemente como un mamífero que sale a pacer a la tierra<sup>38</sup>.

Cierto es que existen denominaciones y características que pueden parecernos extrañas y fantasiosas, pero que son producto de la imposibilidad de denominación de algunos de aquellos seres que los españoles asimilaron, como sucedía también con los vegetales, a lo que

<sup>34</sup> N. MONARDES, *Dos libros, el uno que trata sobre todas las cosas que traen de las Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina...*, Sevilla, 1569.

<sup>35</sup> L.S. GRANJEL, *La medicina española en el siglo XVII*, Salamanca, 1978.

<sup>36</sup> M. CORDERO DEL CAMPILLO, *Crónicas de Indias. Ganadería, medicina y veterinaria*, Valladolid, 2001, pp. 137-245.

<sup>37</sup> J. DURAND, *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, México, 1983.

<sup>38</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 213.

ellos conocían del Viejo Mundo. Así, se hacen continuas menciones a los tigres y leones, que huyen ante los perros. Dice de los segundos que son menores que los de Berbería y más cobardes<sup>39</sup>. Los tigres los compara por sus manchas a los de África, pero caracterizándolos por su cobardía<sup>40</sup>. Estos tigres y leones aparecen mencionados en múltiples ocasiones y siempre aclarando las características mencionadas. En algún caso se deja seducir con ellos por la fantasía, pues aunque mantiene su idea de cobardía, en la descripción de Guachinango nos dice que aquellos leones se cebaban con los indios, hasta el punto de que iban a buscarlos a su poblado<sup>41</sup>. En realidad tales leones no eran sino pumas, y los tigres jaguares u ocelotes.

Frecuentes son también las alusiones a los cerdos con el ombligo en el espinazo, que tanto llamaron la atención de muchos cronistas que los vieron en las Indias, aunque en realidad se trataba de pécaris, que disponen de una glándula en su parte dorsal, que no es en realidad su ombligo. Otros animales que cita con frecuencia son las antas y dantas, que no eran sino tapires americanos.

Ni siquiera las culebras y serpientes, que menciona a menudo en casi todas las relaciones, adquieren un carácter fantástico, a pesar de ser animales que, por sus características, especialmente en la cultura occidental, se prestaban a ello. En ese sentido fantasioso, tan solo hace mención en la *Relación de Pánuco* a unas culebras de cuatro narices<sup>42</sup>, lo que sin duda les daría un aspecto monstruoso a los ojos de los españoles. En realidad se trataba de unos ofidios que únicamente tienen dos narices, como todos los demás, pero presentan unas cavidades, situadas detrás de las fosas nasales, a las que se denomina científicamente *fosetas termoprotectoras*, que es lo que hizo pensar a los españoles en esa duplicidad de cavidades nasales. Dichas culebras, en realidad, son unos simples crotálicos de la misma familia que las serpientes de cascabel.

De nuevo algo que puede parecer una fantasía se nos menciona en la *Relación de Guachinango*, al hablar del pueblo de Tamiagua, donde introduce un suceso acaecido en la localidad de Tantoyuca, en el que

<sup>39</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 155

<sup>40</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...*I, p. 155

<sup>41</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 236.

<sup>42</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 184

una mujer, que metió su mano bajo una gallina que estaba sobre sus huevos, fue picada por una víbora y si se salvó de la muerte fue porque comió un trozo de la carne de aquel reptil<sup>43</sup>.

En alguna ocasión las fantasías sobre el reino animal que hizo Pedro de Valencia hay que verlas más en el aprovechamiento que realizó de algún texto para hacer algún tipo de digresión, probablemente tentado por romper con la monotonía de una exposición excesivamente técnica. De todos modos, debemos aclarar, que no es lo más frecuente en el autor, puesto que éste, aunque tamizase la información que trabajaba, raramente la manipuló para elaborar discursos al margen de la misma. El mejor ejemplo en este sentido nos lo ofrece en la *Relación de Portoviejo*, en el actual Ecuador, donde aprovechó la mención a unas avispas venenosas de la zona para lanzar todo un discurso sobre algunos pasajes bíblicos, al considerar que en la Biblia existen cuatro referencias a las mismas o a otras parecidas<sup>44</sup>. Así, en el *Éxodo* 23,28, cuando se habla de las leyes ceremoniales se dice: “*mandaré ante ti avispas que pondrán en fuga a jeveos, cananeos y jeteos delante de ti*”; en el *Deuteronomio* 7,20 se narra lo siguiente: “*aun avispas mandará, Yavé, tu Dios, contra ellos, hasta hacer perecer a los supervivientes o a los que se escondiesen*”; en *Josué* 24,12 y en términos parecidos a los anteriores pasajes: “*mandé delante de vosotros avispas, que los echaron de delante de vosotros. No ha sido vuestro arco ni vuestra espada*”. En el libro de la Sabiduría 12,8 se sigue reincidiendo en los mismo: “*pero a éstos, como a los hombres, los perdonaste y enviaste avispas como precursoras de tu ejército, para que poco a poco los exterminaran*”. Surgía, pues, el espíritu de biblista de nuestro autor, extrapolando a cosas que poco tenían que ver entre sí. Precisamente, el que la autoridad de la Biblia fuese siempre esencial para él y para el desarrollo de su saber, es lo que hace que su racionalismo haya que verlo con ciertas prevenciones, aunque nosotros hagamos referencia al mismo con cierta frecuencia.

Aprovechando los pasajes mencionados, Pedro de Valencia trataba de explicar el significado de tales avispas, enviadas delante del pueblo de Dios para que picasen a los enemigos, incluso recurre a una disertación bíblica de san Agustín sobre tal asunto, según la cual no debía entenderse al pie de la letra el contenido de la palabra “*avispa*”, sino

<sup>43</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 243.

<sup>44</sup> Exod., 23; Deut., 7; Josué, 24; y Sap., 12.

que tales insectos no eran sino la fama y el rumor de los milagros espantosos de Dios y la valentía y número de los israelitas que les precedía, a los que se comparaba con tales avispa, y como consecuencia de ello los cananeos se acobardaban y huían de aquellos lugares<sup>45</sup>.

En algún caso, refiriéndose a los animales, el autor zafrense nos relata la fantasía de la que había tenido noticia, para luego racionalizar la explicación. Así, cuando nos habla de los sapos de Portobelo (Panamá), nos cuenta que eran tan abundantes en aquellas latitudes que algunos creían que nacían de cada gota de lluvia que caía. La explicación de Pedro de Valencia trató de ajustarse a cierto carácter científico, pues intentó aclarar la superstición existente diciendo que, en realidad, lo que debía suceder era que los sapos dejaban sus huevos esparcidos en la tierra y que cuando llovía se desarrollaban gracias a la acción del agua “*y se ven parecer súbito y saltar cuando llueve*”<sup>46</sup>.

## **Los indios**

Los indios habían sido todo un caballo de batalla teórico tras el descubrimiento. Animales, hombres, grados de racionalidad, etc. habían llevado a arduas discusiones en las que participaron muchos humanistas del momento, manteniendo posturas enfrentadas. Lo monstruoso, tras la conquista, se adscribió con cierta frecuencia a las gentes de América. Pero, cuando Pedro de Valencia escribió su obra, la racionalidad y la humanidad del indio eran temas superados en los ambientes cristianos de la Europa católica. De hecho, ya la bula *Sublimis Deus*, de Pablo III (1537), consideraba a los indios como verdaderos hombres. Es cierto que aquella bula papal no supuso cambios llamativos sobre la consideración de los indios, como lo prueban las posteriores diatribas entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, a mediados de siglo, pero, sin duda, habían sido un importante paso para ir acabando con las especulaciones de monstruosidad de la población autóctona de las Indias, ya que la humanidad del indio iba aparejada a la aceptación de su fisonomía como lo que podríamos llamar un “*ser normal*”. Nada había de extraño en aquellos seres en el aspecto físico y las disputas posteriores entrarían

<sup>45</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 370.

<sup>46</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 214.

más en el grado de su desarrollo intelectual o de sus posibilidades de tenerlo.

Sí había más problema sobre los planteamientos de su origen, pero Valencia no entró abiertamente en ese campo, incluso, a pesar de que su amigo y maestro Benito Arias Montano había desarrollado una teoría sobre el origen del hombre americano, que trató de fundamentar en aspectos bíblicos. Montano elaboró toda una teoría sobre Ophir, hijo de Iectá (que relaciona con Yucatán) y nieto de Heber, que entrando por el noroeste llegó hasta Perú, mientras que, por otro lado, Jobal poblaba el Brasil<sup>47</sup>. Aquella elucubración había tenido poco éxito, a pesar de la fama del de Fregenal, pues ya se había negado rotundamente por Acosta<sup>48</sup>. Pero el origen judío de los indios americanos también lo podemos encontrar en el mercedario Martín de Murúa, que aludía a las diez tribus de Israel trasladadas por Salmatar, rey asirio, y de ahí la semejanza que él ve entre los indios y los judíos, sin olvidar tampoco a los fenicios y cartagineses<sup>49</sup>.

Si Pedro de Valencia no se hizo eco de aquellos orígenes del indio americano, tampoco de la extraña fisonomía que algunos autores les habían atribuido en los primeros tiempos. Valga como ejemplo el de Pigafetta al hablar de los Patagones, de los cuales decía que eran tan altos, que los españoles no les pasaban de la cintura<sup>50</sup>.

Por tanto, el interés del zafrense por los indios no fue aparejado a la existencia de seres monstruosos o anormales, al modo y manera en que se habían descrito en el mundo clásico y que se pensaba que estaban en los extremos de Oriente<sup>51</sup>. Ya era tarde para estas creencias, que se iban desvaneciendo a medida que los españoles avanzaban sobre el terreno y comprobaban que los habitantes de todas aquellas regiones en poco se diferenciaban de ellos, salvo, en último caso, en el color de la piel y en pequeños rasgos fisonómicos que, incluso, eran menos llamativos que los de otras razas conocidas hasta el momento. Por tanto, y al margen de las manifestaciones papales y de los teóricos del momento sobre la racionalidad y humanidad del

<sup>47</sup> Toda esta teoría se recoge en B. ARIAS MONTANO, *Antiquitatum Iudaicarum*, libri IX, Leiden, 1593.

<sup>48</sup> J. DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, 1986, pp. 93-95.

<sup>49</sup> M. DE MURUA, *Historia general del Perú*, Madrid, 1986, pp. 459-461.

<sup>50</sup> A. PIGAFETTA, *Primer viaje alrededor del mundo*, Madrid, 1985, p. 64.

<sup>51</sup> J. GIL, *Mitos...* I, p. 29.



indio, la propia experiencia y contactos de los españoles habían dado como resultado la casi total desaparición de la consideración de existencia de posibles seres monstruosos, como gigantes, enanos, bicéfalos y acéfalos, etc. El campo de la imaginación, en cuanto al físico humano, había quedado muy restringido y limitado para algunas mentes calenturientas de la época, a pesar de la tradición clásica y medieval<sup>52</sup>.

Por tanto, cuando Pedro de Valencia escribe sus relaciones, el interés por el indio había perdido casi todo su contenido fantasioso, sobre todo entre los intelectuales de la época. La realidad se imponía inexorablemente. El interés del zafrense por los indios, de acuerdo con lo que había sido toda su trayectoria teórica, iba aparejado a cuestiones más específicas, como su número, las encomiendas, los tributos, el trabajo..., es decir, a todo aquello que hacía referencia a datos prácticos que ayudasen a solventar la problemática que se había generado en España y en las Indias y que ponían de manifiesto el interés por lo socioeconómico que siempre tuvo nuestro autor. De hecho, el tema de los indios ya había sido tocado colateralmente por Pedro de Valencia en uno de sus discursos más conocidos sobre los moriscos. Precisamente con el fin de mantener alejados a los habitantes autóctonos de América de las posibles malas influencias de éstos, ante la posibilidad de que fuesen trasladados a las Indias, el zafrense no lo creía en absoluto conveniente “*porque harían daño a los indios con la doctrina y en la paz de la tierra, con la falta de lealtad*”<sup>53</sup>.

Entre todos los indios, solo de algunos el autor hace algunas precisiones más allá de los meros intereses cuantitativos o socioeconómicos. Ni siquiera la fiereza de los jíbaros, que habían destruido varias poblaciones del oriente de Quito poco antes de que se escribieran estas *Relaciones*, se puso de manifiesto en la obra de Pedro de Valencia, haciendo solo una breve alusión de carácter muy objetivo. Nos dice el autor zafrense que esos indios eran de un gran valor y fortaleza y que habían realizado algunas entradas en las que habían matado a muchos españoles<sup>54</sup>. Es precisamente con estos indios con los que comete un

<sup>52</sup> Un resumen de estas tradiciones puede verse en J. GIL, *Mitos...* I, pp. 30-44.

<sup>53</sup> J. PANIAGUA PÉREZ y G. MOROCHO GAYO, “El humanista Pedro de Valencia y las Relaciones Geográficas de la Audiencia de Quito, 1608”, *Boletín del Archivo Nacional de Quito* 23-24 (1987), pp. 429-430.

<sup>54</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 126.

gran error, al considerarlos también como habitantes de la zona de Portoviejo, diciendo que habían sido perseguidos por los mulatos de guerra hasta hacía cinco años, en que estos últimos se habían pacificado<sup>55</sup>.

Tampoco trata con dureza ni recurre a comparaciones funestas de seres anormales con los indios chiriguano, a pesar de que sabía que causaban daños e inquietaban a los españoles y naturales de la jurisdicción de Santiago de la Frontera<sup>56</sup> y de cuyo valor y fiereza se hicieron eco muchos autores, como Ocaña<sup>57</sup>. Es más, el interés de Valencia por mantener tan solo una guerra defensiva frente a ellos ponía de manifiesto un cierto respeto del que en otro lugar del mundo, en Chile, se haría eco su íntimo amigo Hernando Machado, claro defensor de las posturas defensivas en la inacabable conflictividad chilena entre mapuches y españoles<sup>58</sup>.

Incluso, en el caso de México, cuando habla de la crueldad de los chichimecas, llega a decir que se les puede hacer la guerra “*por defenderse de sus violencias*”<sup>59</sup>, que no entra a especificar. Todo ello a pesar de que, al hablar de dichos indios chichimecas en la jurisdicción de Pánuco, manifiesta que “*no se les conoce ley que guarden, ni Dios que adoren, ni fe ni razón de que usen*”<sup>60</sup>. Pero para aquellos tiempo ya se tenía muy claro por muchos teóricos que nada justificaba una guerra ofensiva a los indios, ni siquiera quienes, como Pedro de Valencia, no eran proclives a las teorías del iusnaturalismo salmantino.

### Las fantasías religiosas

La religión de su época, incluso entre los cristianos, se prestaba a los hechos maravillosos. Milagros, apariciones, éxtasis, bilocaciones, etc., entraban casi en el campo de lo común en la vida religiosa de los católicos, incluido el propio mundo americano. Aunque heredero del humanismo renacentista, Pedro de Valencia se ve implicado, por el tiempo en el que le tocó vivir, con la vorágine de las excentricidades

<sup>55</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, pp. 378-379.

<sup>56</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 453.

<sup>57</sup> D. DE OCAÑA, *A través de la América del Sur*, Madrid, 1987, p. 191.

<sup>58</sup> J. PANIAGUA PÉREZ y M.I. VIFORCOS MARINAS, *El humanismo jurídico...*, pp. 111-112.

<sup>59</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 190.

<sup>60</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* II, p. 189.

propias del barroco. Él vivió aquellos acontecimientos, algunos de una forma muy directa, a pesar de no haberse querido implicar en los mismos. De hecho, en este sentido, ya hemos manifestado su participación en la cuestión del Pergamino y Láminas de Granada, hecho del que quiso mantenerse al margen, por los problemas que implicaba, pero que conocía muy bien por su amigo y maestro Benito Arias Montano. El problema tenía serias implicaciones políticas y, probablemente por ello, Pedro de Valencia quiso quedarse al margen, hasta que el inquisidor general le pidió directamente su parecer, en 1607, y así hubo de manifestarse de forma contraria a la veracidad de todos aquellos hallazgos que convulsionaron la España de finales del siglo XVI y principios del XVII<sup>61</sup>. Su postura, como parece lógico, no era lejana a la de Arias Montano y por ello desató en su contra las iras de los laminarios, que a través de aquellos hallazgos justificaban que España era el pueblo elegido por Dios, la nueva Israel, en unos momentos de crisis profunda de la monarquía hispánica; la entrada de Santiago con sus discípulos por Granada y la aceptación del immaculismo mariano, del que España se había convertido en adalid<sup>62</sup>. Sin duda, aquella fue la fantasía con más trasfondo de la España del momento y de la que no quiso participar nuestro autor.

Con su tradicional postura racionalista, no es de extrañar que en la obra americana de nuestro cronista sean escasas las fantasías en el aspecto religioso, aunque no por ello podamos mantener que inexistentes. Pero, debido a la manera con la que en términos generales se expresó en las *Relaciones*, nos queda la duda de si había alguna credulidad en sus escritos o simplemente transmitía, lo que a su vez le habían transmitido a él.

En el mundo en el que le había tocado vivir no es raro que en ocasiones se dejase arrastrar por lo anecdótico, que, aun teniendo un carácter histórico, sin duda, se había exagerado a lo largo del tiempo, sobre todo cuando la información había pasado de boca en boca. Así, en la *Relación de Miagatlan* nos narra la historia de un sacristán indio de una población vecina que se dedicaba al robo de joyas a los ricos;

<sup>61</sup> Todo el proceso del Pergamino y Láminas de Granada puede verse en P. DE VALENCIA, *Obras Completas IV. Escritos Sociales. 2. Escritos políticos*, León, 1999.

<sup>62</sup> G. MOROCHO GAYO, "Los apócrifos del Sacromonte en tiempos de Pedro de Valencia (1599-1620)", en P. DE VALENCIA, *Obras Completas IV...*, pp. 300-318.

posteriormente, a modo de milagro, se zambullía en un lago y tras ello les decía a los damnificados donde se encontraban tales joyas que les habían sido sustraídas. La revelación decía que se la hacía su padre el dominio de los cinco cuernos. Todo ello, a la postre, llevaba implícito un plan de sublevación de la población india, sobre la cual aquel sacristán consiguió tener una importante ascendencia, hasta el punto de que le nombraron como su rey con el nombre de Pitio. Después de esto, sus parciales atacaron a las poblaciones cercanas, como Miaguatlan, para apoderarse de sus tierras; allí, nos dice el cronista, pensamos que de manera exagerada, mataron a más de 10.000 indios, comiéndose asados los que pudieron, hasta que por fin fue ajusticiado por las autoridades<sup>63</sup>. En esta historia de Pedro de Valencia, sobre la que no hace apreciaciones, se pueden comprobar algunas exageraciones, pero lo que ahora nos interesa es que se estaban mezclando dos aspectos de suma importancia en la religiosidad del el Nuevo Mundo y que tenían su origen ya en los momentos de la primera presencia de los españoles en aquel continente: el del canibalismo y el de lo demoníaco.

El canibalismo o la antropofagia había sido una de las cuestiones más llamativas de América para muchos españoles, sin que en realidad llegaran a comprender nunca su verdadero sentido ritual. De hecho, eran muchas las obras que habían hecho referencia a este aspecto, algunas incluso de forma gráfica, de las que las más conocidas eran las del geógrafo Münster, que había recogido algunas escenas en su obra geográfica de 1534<sup>64</sup>. Posteriormente, abundaría en el tema la obra de Teodoro de Bry, cuya obra gráfica incidía en los asuntos de este tipo, cuando se publicó en 1634. El propio fray Diego de Valadés recogió en su obra un grabado alusivo a los sacrificios humanos prehispánicos<sup>65</sup>. En realidad, todos aquellos hechos de antropofagia y sacrificios humanos habían sido una buena disculpa para justificar la conquista de las Indias.

Si cuando escribe Pedro de Valencia las principales culturas ya se habían cristianizado y “civilizado” en buena medida, el tema de los sacrificios humanos y la antropofagia habían adquirido un carácter

<sup>63</sup> II, p. 146.

<sup>64</sup> S. MUENSTER, *Cosmographia*, 1554.

<sup>65</sup> D. VALADÉS, *Rethorica Cristiana*, Roma, 1578.

secundario, salvo para determinadas poblaciones de frontera; no así el otro gran asunto al que nos referimos: el de la presencia del demonio, en la que el autor no quiso entrar más que de una forma anecdótica. Ese problema no hay que desvincularlo del supuesto viejo conocimiento del Dios cristiano que habían tenido aquellos pueblos y del que se habían apartado por la influencia del maligno, aunque los españoles aún encontraron algunos vestigios de aquellas creencias primitivas en el verdadero Dios. Son muchas las noticias que se nos han transmitido en este sentido y para ello valga con que citemos algunos ejemplos. Pascual de Andagoya, al referirse a Panamá, nos dice de algunos pueblos que tenían noticia del Diluvio y de Noé, y de que el cielo había una mujer muy linda con un niño<sup>66</sup>. Algo parecido nos dice de Yucatán Bernardo de Lizana, por la misma época que escribía Pedro de Valencia<sup>67</sup>. El propio José de Acosta también llegó a creer en la existencia de alguna noticia de Dios en las Indias<sup>68</sup>.

En esta misma línea, al hablar de los indios de Guayaquil, nos dice que tenían nombres para los días de la semana y que el más solemne era el domingo, al que llamaban *Tapipichinche*, por lo que se interpretaba que el conocer la semana era ya un rastro de fe en la creación y que la celebración del domingo era señal de que en algún tiempo habían alcanzado la luz de la Redención<sup>69</sup>.

La tradición de la antigua predicación del cristianismo en las Indias quedó recogida en las *Relaciones* de Pedro de Valencia al hablar de Ambato. Nos dice que, a media legua de ese lugar, hay una piedra grande con huellas humanas que se venera por los indios, diciendo que son de San Bartolomé, que había predicado por aquellas latitudes<sup>70</sup>. Este mito fue extendido por los jesuitas, aunque no era nuevo y ya lo recogió Huaman Poma de Ayala, que, en su calendario del mes de agosto, no dudó en escribir en el día 24, que era el dedicado al apóstol San Bartolomé, que éste había ido a las Indias; y añadía, en otro lugar, que este mismo santo había andado por El Collao, donde realizó muchos milagros, amén de dejar plantada la cruz de Carabu-

<sup>66</sup> P. DE ANDAGOYA, *Relación y documentos*, Madrid, 1986, p. 91.

<sup>67</sup> B. DE LIZANA, *Historia de Yucatán*, Madrid, 1988, pp. 126-131.

<sup>68</sup> J. DE ACOSTA, *Historia...*, pp. 314-316.

<sup>69</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 372.

<sup>70</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 318.

co<sup>71</sup>. Aquella creencia, todavía viva en tiempos del zafrense, entraba en la línea de la creencia de que otros apóstoles o sus discípulos habían predicado en el Nuevo Mundo, como santo Tomás, san Bernabé o san Simón<sup>72</sup>, lo que a la postre era todo un intento de integrar a las Indias dentro de la tradición judeo-greco-cristiana<sup>73</sup> y justificar la conquista. Todavía en fechas posteriores a Valencia se seguía hablando de san Bartolomé; así, el dominico fray Gregorio García situaba su presencia en Nueva Granada y en el Perú, incluso asimilándolo a una estatua de Viracocha<sup>74</sup>. Pero de todos los apóstoles y sus discípulos, la presencia más explotada fue la de Santo Tomás, hasta el punto que Santo Toribio consagró sus huellas en Chachapoyas, lugar en el que recogió también la tradición Vázquez de Espinosa, en la provincia de los chillaos<sup>75</sup>.

La presencia del demonio sería la que había acabado con aquellas creencias iniciales en el Dios de los judíos y de los cristianos. Por tanto, no es de extrañar que sea un tema que los cronistas tocaran con cierta frecuencia para justificar la actividad de los españoles. López de Gómara escribía que a los mexicanos se les aparecía los demonios de mil maneras y conversaban con ellos sin que supiesen en realidad lo que eran<sup>76</sup>. Pigafetta nos cuenta que a los patagones se les aparecían los demonios y que ellos los describían como seres que tenían una cabeza con dos cuernos<sup>77</sup>. Pascual de Andagoya, al referirse a los territorios de Panamá, dice que una mujer relató que los *tuquina* hablaban con el demonio y que éste les visitaba de noche<sup>78</sup>; Diego de Landa, entre otras muchas cosas, nos relata que el oficio de los sacerdotes en Yucatán era la de dar a los humanos las respuestas de los

<sup>71</sup> F. HUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Crónica y buen gobierno* I, pp. 82-89 y III, p. 1230, Madrid, 1987.

<sup>72</sup> J.P. SÁNCHEZ, "Myths and legends in the Old World and European Expansionism on the American Continent", W. HAASE y M. REINHOLD (eds.), *The Classical Tradition and the Americas* I, Berlín-Nueva York, 1994, p. 217.

<sup>73</sup> F. PEASE, "Temas clásicos en las crónicas peruanas de los siglos XVI y XVII", en T. HAMPE MARTÍNEZ, *La Tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima 1999, p. 32.

<sup>74</sup> G. GARCÍA, *Predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo, viviendo los apóstoles*, Baeza, 1625, p. 250.

<sup>75</sup> A. VÁZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*, Madrid, 19869, p. 283.

<sup>76</sup> F. LÓPEZ DE GÓMARA, *La conquista de México*, Madrid, 1987, pp. 462-466.

<sup>77</sup> A. PIGAFETTA, *Primer...*, p. 69.

<sup>78</sup> P. DE ANDAGOYA, *Relación...*, p. 90.

demonios<sup>79</sup>. Acosta culpaba de la idolatría de América al mismo demonio<sup>80</sup>. Incluso en una obra tan tardía como la de Freyle (c. 1636) se seguía hablando del demonio en toda una disquisición que hizo, remontándose al origen de los tiempos, a través de la cual trata de llegar a probar la adoración que le hacían los habitantes de la Nueva Granada, los cuales le habían levantado altares en cinco lagunas<sup>81</sup>; sin embargo, al hablarnos de ello no emite juicios de valor, aunque recoge de alguna manera una tradición que se mantuvo en el siglo XVII, como era la de relacionar las prácticas religiosas indígenas y sus pervivencias con el demonismo, en una especie de pacto demonio-indio, que quedaba reflejado en sus prácticas<sup>82</sup>.

Visto lo anterior, podemos decir que ejemplos de apariciones del demonio en América hay muchos<sup>83</sup>, incluso con descripciones del ser maligno. Así, al que se refiere nuestro autor, nos dice que tenía cinco cuernos. El caso que nos menciona coincide con una apreciación bastante común en el Nuevo Mundo, ya que muchas veces eran personas cercanas a los cultos cristianos, como en este caso el sacristán, las más proclives a estas prácticas demoníacas u a otras de carácter prohibido para los cristianos, como ya ha sido estudiado para el caso de Yucatán<sup>84</sup>.

Sin duda, las fantasías relacionadas con el culto a la Virgen no podían faltar en América<sup>85</sup>. Pedro de Valencia también se hizo eco de lo podríamos llamar las fantasías marianas, que tenían una gran tradición en España. Al fin y al cabo la presencia de la Virgen en un determinado lugar venía a ratificar la protección a una comunidad y reforzaba a

<sup>79</sup> D. DE LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, Madrid, 1985, p. 89.

<sup>80</sup> J. DE ACOSTA, *Historia...*, pp. 314 y ss.

<sup>81</sup> J. RODRÍGUEZ FREYLE, *Conquista y descubrimiento de la Nueva Granada*, Madrid, 1986, pp. 78-86.

<sup>82</sup> J. DE LA SERNA, *Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y en extirpación de ellas*, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vol. 104. Las teorías de este autor se fundamentaron, en buena medida en la obra de 1629 de H. RUIZ DE ALARCÓN, *Tratado de las supersticiones y costumbres gentilicias que hoy viven entre los indios naturales de esta Nueva España*, en F. DEL PASSO Y TRONCOSO, *Tratado de las idolatrías*, México, 1953.

<sup>83</sup> F. CERVANTES, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, 1996, pp. 63-66.

<sup>84</sup> N. M. FARRISS, *Maya Society under Colonial rule: The collective enterprise of survival*, Princeton, 1984, p. 341.

<sup>85</sup> Sobre este aspecto puede verse la obra de R. VARGAS UGARTE, *Historia del culto a María en Iberoamérica y de su imágenes y santuarios más señalados*, Madrid, 1956.

ese lugar frente a los centros de poder. Eso explicaría los continuos milagros y apariciones que la Madre de Dios hacía en las Indias desde poco después del descubrimiento, sin entrar en problemas de sincretismos, que, evidentemente, también se produjeron. La aparición de la Virgen, además, suele ir unida a la idea de milagro y éste no dejaba de ser una fantasía, en la medida en que no tiene cabida en los fenómenos comprobables de lo físico o de lo histórico; es, pues, una manifestación de Dios que escapa al ser humano.

De los escasos milagros y apariciones marinas a las que hace referencia Pedro de Valencia, se puede destacar uno: el de la Virgen de Macas. Su devoción fue promovida por el ermitaño Gavilanes, que utilizó para el culto inicial una imagen en pintura de factura pobre y deteriorada; pero el día que la colocó en la ermita, pretendió velarla con unos amigos, aunque todos se durmieron “*con ordenación divina más que con impulso*”; a media noche, la imagen se inflamó de un resplandor y de llamas celestiales, por lo que, lo que era un mal dibujo, se convirtió en un cuadro de “*colores vivos no posibles al pincel humano*”<sup>86</sup> e hizo milagros, incluso resucitar a un muerto. Tanta fue la devoción que se despertó hacia la imagen, que el obispo Luis López de Solís la mandó trasladar a Quito y de allí al monasterio concepcionista de Riobamba.

## El oro

La presencia de oro fue uno de los grandes mitos de las Indias, incluso hasta los momentos de la Independencia. Pocos eran los lugares en los que no se situaba la tradición de grandes tesoros o de montañas que encerraban en sus entrañas grandes cantidades de ese metal. La creencia en la existencia de un Dorado, que no habría que desligar del mito del vellocino de oro, movilizó todo tipo de recursos. Así, por la época de Pedro de Valencia, Rodríguez Freyle, al referirse al Dorado, decía que había costado demasiadas vidas y haciendas a los españoles, porque la voz se corrió en los primeros tiempos y todo el mundo quiso encontrarlo<sup>87</sup>.

Las referencias a las riquezas de oro de las Indias no son infrecuentes en sus *Relaciones*, pero siempre planteadas con gran escepti-

<sup>86</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, pp. 124-125.

<sup>87</sup> J. RODRÍGUEZ FREYLE, *Conquista...*, pp. 67-68.



cismo, ya que para él aquél había sido uno de los grandes causantes de la decadencia de España. Al hablar de los Quijos nos dice, que hacia la mar del norte, hay muchas provincias por descubrir situadas en montañas muy abundantes de oro y gente, “según la relación que se ha tenido”<sup>88</sup>. En Jaén de Bracamoros se dice que aquella zona es la más rica en oro en el mundo y que no se labra por falta de gente y de agua, incluso hace referencia a que el corregidor Gregorio Martos dijo haberse sacado una punta de oro de 160 pesos, que, con otras, llegaron a sumar más de 18.000 pesos<sup>89</sup>. En Portobelo manifiesta que se cree que hay mucho oro en la cordillera, pero en realidad no hay ninguna mina descubierta<sup>90</sup>. En Tunja se decía que había oro, pero que los indios no lo querían decir para que no les hiciesen trabajar en sus minas y, entre ellos, si alguno intentaba confesarlo le mataban<sup>91</sup>. En Guayaquil también se habla de la cercanía de minas de plata sobre cobre, pero que no se trabajaban<sup>92</sup>. Al hablar de Portoviejo dijo que antiguamente había sido una tierra rica en oro y esmeraldas, incluso se menciona a un cacique, Apechinche, que había tenido en su casa una tarima de oro y un trono del mismo metal, donde se sentaba en ciertas solemnidades y que regaló un gran pedazo a Francisco Flores Mejía<sup>93</sup>. Todo ello, junto a las explicaciones que nos da de los centros mineros de Zacatecas, Nombre de Dios, Pachuca, etc., indica la asimilación que existía entre la riqueza en metales preciosos y las Indias.

En la *Relación de Tunja* llegó a dedicar un apartado al Dorado, explicando que desde aquellos lugares se habían hecho muchas entradas, pero que nadie había llegado hasta él; así hace mención a los viajes<sup>94</sup> de Hernán Pérez de Quesada (1541), en una campaña salida de Tunja a la que el oidor Jerónimo Lebrón consideró como un levantamiento y que a la postre fue un fracaso. También menciona Valencia la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada (1570), después de las negativas de Venero de Leiva y cuando su estado de salud era muy lamen-

<sup>88</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 126

<sup>89</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 398.

<sup>90</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 214.

<sup>91</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 252

<sup>92</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 351.

<sup>93</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, pp. 369-370.

<sup>94</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, pp. 272-273

table, por lo que, como piensa el Dr. Gil, es probable que pensara como Hutten, que en el Dorado se hallaba también la Fuente de la Eterna Juventud, que le devolvería la salud<sup>95</sup>. Antonio de Berrio (1582, 1587 y 1590), sobrino de Jiménez de Quesada y heredero del mismo, hizo tres intentos fallidos, el último saliendo por el Orinoco hasta Trinidad; hace referencia también al viaje de Fernando de Berrio (1598). Pero para entonces la evolución de esta fantasía había sufrido un proceso en el que ya se habían mezclado muchas cosas, tales como el mito del Dorado y el del tesoro de los incas<sup>96</sup>.

No es de extrañar el interés de Valencia por El Dorado, porque el mito había vuelto a resurgir en las primeras décadas del siglo XVII, incluso con la implicación otras potencias extranjeras<sup>97</sup>. La descripción que hizo de aquel lugar el cronista era que se hallaba después de pasar una tierra caliente, húmeda, llana y extensa, tras la que había unas montañas. Sigue diciendo que existía gente de buena opinión que pensaba que esa gran cordillera estaba más poblada, porque, como los Andes, tenía un clima más saludable y no se anegaba como las llanuras<sup>98</sup>. Sin duda, las opiniones que recogió en este sentido, poco precisas y contradictorias, le hacen sugerir que sea el rey quien envíe una expedición, para que cesasen las pérdidas que había producido el descubrimiento de un lugar, en el que se piensa que no solo viven los naturales, sino también quienes acompañaron a un inca que había sido expulsado de sus tierras<sup>99</sup>.

Probablemente Pedro de Valencia no duda de las riquezas en metales preciosos de la Indias. De hecho aquel había sido uno de los motivos de despoblación del reino y de la causa de la ociosidad de los españoles, a lo que él tanto atacó. Por tanto, la preocupación por la existencia de lugares más o menos fantásticos en este sentido de riqueza mineral tenía interés para él, no como fin de unas ambiciones, sino como producto de muchos de los males del reino.

<sup>95</sup> J. GIL, *Mitos...* 3, p. 105.

<sup>96</sup> J. GIL, *Mitos...* 3, pp. 143-144.

<sup>97</sup> J. GIL, *Mitos...* 3, pp. 166-167.

<sup>98</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, p. 273.

<sup>99</sup> P. DE VALENCIA, *Obras Completas V. Relaciones de Indias...* I, pp. 273-274.